



La metrópoli como catalizador de crisis y renovación espiritual

Geraldine Sofía Mora Ortega


Arquitectura

Cuando uno se acerca al estudio de la ciudad, sobre todo desde la arquitectura, es muy fácil quedarse en los números, en las infraestructuras, en los sistemas. Sin embargo, leer *La metrópoli* en la vida moderna obliga a detenerse y pensar la ciudad desde otro lugar, mucho más incómodo: desde lo que le pasa al ser humano por dentro cuando vive en la metrópoli. Desde el inicio, el texto deja claro que la ciudad moderna no solo transforma el espacio, sino que impacta directamente la “vida espiritual del hombre” (Folliet, 1958, p. 9). Y esa idea, aunque escrita hace varias décadas, sigue siendo inquietantemente actual.

El texto parte de una comparación histórica que resulta clave para entender su postura. Durante siglos, el cristianismo occidental estuvo profundamente ligado a la vida rural. La fe se vivía casi como parte natural del día a día,

en relación con la tierra, los ciclos del tiempo y una comunidad estable que regulaba las conductas y creencias. Folliet explica que esta relación generó una forma de vida donde lo espiritual surgía del “diario contacto con el suelo” (Folliet, 1958, p. 11). No era una fe cuestionada ni elegida conscientemente; simplemente estaba ahí, integrada a la rutina.

Todo esto empieza a romperse con la aparición de la metrópoli industrial. El texto describe la gran ciudad como un “monstruo urbano”, y aunque el término puede sonar exagerado, tiene sentido cuando se analizan sus efectos. Ciudades como París, Londres o Nueva York imponen una nueva forma de vivir el tiempo: ya no se rige por el día y la noche, ni por las estaciones, sino por el reloj, por horarios fragmentados y precisos (Folliet, 1958, p. 12). Esta transformación no es solo técnica; es profundamente humana. El individuo urbano se desconecta de



los ritmos naturales y empieza a vivir bajo una lógica artificial que termina afectando su manera de sentir, pensar y creer.

A esto se suma el fenómeno del desarraigo. La llamada “ciudad hongo”, que crece rápidamente por la migración del campo a la ciudad, genera un choque fuerte en quienes llegan buscando mejores condiciones de vida. El texto señala que este traslado implica muchas veces un “derrumbe de la moral”, no porque las personas decidan conscientemente abandonar sus creencias, sino porque pierden el marco social que las sostenía (Folliet, 1958, pp. 23-24). En la ciudad, el anonimato reemplaza el control social del pueblo, y esa libertad, aunque inicialmente parece positiva, termina produciendo indiferencia frente a lo espiritual. No se deja de

creer por reflexión, sino por adaptación al entorno.

En conclusión, La metrópoli en la vida moderna plantea que la urbanización es, al mismo tiempo, un proceso de crisis y de posibilidad. La ciudad moderna puede generar indiferencia y ruptura, pero también abre el espacio para una renovación espiritual más consciente. El cierre del texto, al comparar este momento histórico con la experiencia de Pablo de Tarso, sugiere que el futuro de la espiritualidad no está fuera de la ciudad, sino precisamente en ella, en medio de sus tensiones y contradicciones (Folliet, 1958, p. 30). Desde la arquitectura, esta idea resulta fundamental: diseñar ciudad es intervenir directamente en la vida humana, incluso en aquellas dimensiones que no siempre se ven, pero que se sienten todos los días.